



Doble de Cuerpo

MAURICIO REDOLES

PALABRA DE CALLE

Mauricio Redolés Bustos, 37 años, casado, un hijo, poeta, militante del PC.

Recuerdo que el año 87, cuando estuve en Helsinki, ya recogía papeles en la calle. La gente de allá se ríe. En Chile había empezado a hacerlo ese mismo año, después de haber encontrado una carta en San Pablo con Ciro, cerca de la casa en que vivo. Estaba pasando con mi mujer y en un bazarero vi un papel arrugado. Lo saqué y era una carta. Estaba escrita por un hombre que amaba a una mujer y se suicidó. Él su mujer no lo iba a ver a la cárcel, estaba en una situación límite. Había de la vida dura ahí, de los celos que venía de que ella estaba con otro hombre. Era una carta fuerte.

Me llamó tanto la atención que de ahí en adelante, cada vez con mayor deseo, fui a encontrar esos mensajes que deja la gente en las calles. El suicida potencial le dio a mis manos un poder especial. Y ya es una obsesión, algo más poderoso que mí mismo.

Recuerdo que una vez encontré un papillito en Compañía. Decía: "Te dejo esto que es un recuerdo de algo que nació con las protestas del 84, en La Victoria, junto a Pierre y André". Es lo que llamo un mensaje crítico, igual que otro que pillé en el mismo lugar: "Recuerda, es a las nueve. Hay que llevar coca y saco de dormir. Lo siento, pero ya no puedo ir. En todo caso, buena noche". Se puede leer literal o pensar que es otra cosa...

Muchas son las veces en que me encuentro con papeles cochinos, porque parece que la gente se limpia con ellos, ejala con la carta de un pretendiente. De esa, he guardado un par, las dejo que se sequen y finalmente se las voy a tirar. Recuerdo una de ellas: una carta de reproche de un homosexual a otro. El acusado se limpió con ella, la metió en un sobre y la tiró a la calle.

Una de las primeras cartas que encontré fue en San Pablo con Sotomayor. Una mujer le escribía a un muchacho que se iba al monte a hacer el servicio militar. Había sido pareja y esa era una carta de

amor y despedida, con una belleza extraordinaria y una intensidad que rara vez he visto en la poesía femenina. Se decía que ella era una obrera o una empleada doméstica. Ella le decía que ya no lo necesitaba, que era el hombre que más había querido en la vida y que nunca se habría imaginado que jugando flipper se iban a conocer tanto e iban a querer entre un hijo de la misma sangre. Ella tenía su dignidad y lo colocaba en su lugar porque parece que el tipo había sido medio viciado.

La carta estaba rota. Queraba la duda de siempre: la rompí él o lo rompió ella, antes de mandarla. Sólo una vez la encontré, en San Miguel, una carta con las dos partes, el que escribe y el destinatario. Era de una mujer a un hombre; él contestó en el reverso, la mandó de vuelta, y ella respondió en la colza que quedaba, la mandó y él la botó. Era un matrimonio que se había separado; ella estaba muy picada y él, muy distante. Mientras ella le decía nunca pensé que fueras tan niño, él respondía: no vale la pena discutir. Finalmente ella concluyó que él nunca la había querido.

Cuando se construye una carta rota pasan cosas diversas. Recuerdo una de un jubilado que trataba de poco hombre a otro. Decía: Siempre me he sentido que provengo de ellos, la jubilación me niega. Habla de ellos, poeta, de una amante. Pero hablaba de cinco perros que le había dejado el otro, convertidos ahora en cinco maquinas que comen como bestias. Y nunca le había mandado un peno.

Otra categoría interesante son las pruebas de religión y de música de los niños. A los cabros les preguntan cosas increíbles y ellos responden cosas más increíbles todavía. Una vez encontré una prueba de música a la salida de un colegio en La Reina. Era tan bella que me iba a punto de romperme la regla y entrar a la escuela para saber quién era



ese niño con imaginación tan poderosa, todo un poeta a los siete años.

Las pruebas de religión son cómicas porque corrompen tan metalúrgicos como la omnipresencia de Dios o la muerte, se les preguntan a niños de tercero básico y ellos responden en forma muy enredada, en ocho líneas.

Cartas pornográficas también he encontrado. Una, por ejemplo, que pensó que era de mujer y resultó de un homosexual. Otra de una pareja que le escribía a otra pareja para hacer orgías. Un día para hacer orgías. Un amigo también me trajo fotos de una mujer desnuda, dedicadas por ella. Las había encontrado en la calle y en-

ban rotas. Se "amorció" las había botado.

A veces me pasa que me involucre con los personajes. Tiene mucho que ver con esto de ser poeta. Una carta bien escrita, en el sentido humano, trasciende a la literatura como expresión. Me involucro porque alcanzo a sentir al ser vivo que hay detrás de las letras. Cosa que no me pasa con esos cartas medias formales, llenas de clichés, de jerga insulto. Muy distinto a la belleza que hoy cuando se desata pasión adulta.

El poeta que puede haber en el acto de recoger papeles en el hallazgo de algo humano sujeto a las circun-

stancias. Después puede haber abandono, desamor, odio, y eso hace que el papel sea más humano.

Es como el poema de Whitman que dice Yo llego esta noche hasta ti, yo soy el irresistible... El hallazgo involucra el papel del escritor, que escribe siempre hacia un invisible: el destinatario.

Debería haber una ética del recogedor de papeles, para establecer que uno debe estar seguro de que no conoce a las personas involucradas en una carta porque le quita todo el misterio.

El amoroso es lo imperioso, me interesa escuchar voces de personas desconocidas, anónimas. Si conociera a la muchacha digna que escribió al militar, su carta pasaría a segundo plano. Si me parece que el tipo que escribe una carta es un pajero y lo constato en la realidad, pierdo su gracia.

Cada cierto tiempo releo las cartas. Así me doy cuenta de que hay algunas perdidas. Tampoco creo que sea casualidad: es como si las cartas recuperaran su propio camino, salieran de noche y se fueran para seguir en la calle. Estoy empezando a reflexionar sobre este trabajo y tengo muchas ganas de exponer las cartas, como en una muestra de pintura, teniendo el cuidado de mantener las identidades cubiertas.

Hay gente que me dice que las cartas son para mí una forma de inspiración, pero no es así. Tal vez porque ellas tienen vida propia, son unidades que no se pueden desmenujar. Puedo fantasear con ellas, pero no usarlas. Además, hay un poeta chileno contemporáneo —ni me acuerdo de su nombre— que ya lo hizo, respondiendo hasta las faltas de ortografía. Una vez basta.

Aún cabe la pregunta de por qué las recogí. Alguien me decía que yo soy un viciado de las relaciones de la gente. Otra me decía que me corrompo en la intensidad de la poesía. Otro, que no tengo suficiente inspiración. Yo lo veo como un oficio, parte importante en mi vida de artista. Es como ser un armador de rompecabezas, de amor y de odio, de injusticia y de ingenuidad.

Homenaje a intelectuales [artículo] Carlos Jorquera

Libros y documentos

AUTORÍA

Jorquera, Carlos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Homenaje a intelectuales [artículo] Carlos Jorquera. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile